SIEMPRE HABRÁ ALGUIEN DETRÁS DE TI*

*Luis Jorge Boone***

Para Jesús de León

Una mano de sombra oprime tu cabeza contra el suelo. Logras reunir suficiente fuerza y apoyándote en la orilla de la cama te incorporas. Hay luces constelando las paredes. El televisor proyecta coloraciones mutantes, verdes que parecen enraizar en el techo y rojos eléctricos que semejan sangre. A velocidades críticas se esparcen por el aire y tu cerebro. No puedes pensar. Dónde. Qué. Una herida mana lenta, dolorosa, detrás de tu cabeza.

Elisa. El libro. No están.

El ritmo caótico de los destellos te produce náuseas. Vértigo. Luces rojas y azules atraviesan la casa, se filtran por las paredes. Intentas caminar y un filo se encaja en tu pie derecho. Caes de nuevo.

Resientes el golpe anterior en la parte trasera de tu cráneo. Ahora sí querías lastimarla, piensas sufres el calvario de tratar de ponerte en pie. No puedes caminar sin recargarte en las paredes.

La puerta de la sala está abierta, debes cerrarla. Hay más luces afuera, gente que mira. Torretas rojas y azules. No te muevas, gritan.

Cuánto tiempo estuviste desmayado.

Te ordenan arrojar el arma y levantar los brazos. Quieren que te tires al suelo pero no te mueves.

Arroje el arma.

* Forma parte del libro “La noche caníbal”, de próxima publicación en la colección Letras Mexicanas del Fondo de Cultura Económica.

** Escritor.

LUIS JORGE BOONE

Llevas un cuchillo en la mano izquierda, en la otra el control remoto de la televisión.

Por el hueco de la entrada alcanzas a distinguir a Elisa tras la barricada de la policía. Agentes policiales hablan por radios, alcanzas a ver el libro en brazos de alguien. Elisa podría explicar todo. Alguien la toma del brazo y se la lleva.

Un ariete de la luz se mete en tu casa y detrás de tus párpados.

Tus ojos cerrados son invadidos por tonalidades galácticas. Latén, están vivas. Explotan y se mezclan, producen gradaciones esquizofrénicas. Abres los ojos: la habitación entera es un observatorio donde relucen constelaciones que el cielo jamás tendrá.

I

El televisor enmudecido ofrece imágenes que por ahora no importan: la mínima gimnasia de tu pulgar sobre el control remoto es suficiente para sustraerte de la realidad. Deslizas la vista de un botón a otro, los oprimes alternativamente sin poner atención al efecto que producen en la pantalla.

76 Frente a ti un hombre destaza una vaca, pero no logra retener tu atención. Recostado en la cama a tres metros del aparato, pareces más distante.

Los noticieros inician con la promesa de describir los crímenes del día; retrasan la carta fuerte de la noche detrás de notas anodinas. Hacen tiempo con sucesos de política. Uno o dos escándalos, desvíos de menos de seis cifras. Aprovechas para traer el maletín donde guardas el libro de recortes y tus utensilios de dibujo.

Al regresar, el retrato en blanco y negro de un rostro ocupa la pantalla. Frente ancha, nariz aguileña, labios delgados, ojos grandes, bigote y barba cerrada. 30 a 35 años, dice el reportero, complexión robusta, estatura mediana, el asesino continúa prófugo, advierte. Te detienes en cada detalle, cada línea expresiva para recordarla después.

Enseguida, sobre una hoja en blanco intentas duplicar la imagen. Ignoras de nuevo el televisor. Mañana se sabrá más. Mañana podrás decidir.

Al terminar el retrato hojeas el libro, tu colección de recortes de periódico sobre crímenes violentos. No tiene nada de malo adelantarse un poco, buscar un espacio para la copia del retrato, solo la usarás en caso de que el crimen merezca añadirse a tu libro.

Cada vez mejoras tu estilo. Pudiste haber aprobado fácilmente una carrera de diseño industrial. Es un buen retrato, un dibujo expresivo. Incluso te recuerda a alguien que conoces. Eso podría ser un punto a tu favor.

Alzas la vista al espejo del peinador. Desde ese ángulo refleja perfectamente tu rostro iluminado por los rayos del cinescopio. Parpadeas, gesticulas un poco, compruebas que eres dueño de esa otra imagen. Te detienes en el bigote y la barba cerrada que te cubren la mitad de la cara desde hace tres años. En cuanto se fue tu esposa se acabaron las quejas por la espereza de los vellos. Así, tu rostro guarda cierto parecido con el dibujo. Algunos rasgos: los ojos que heredaste de tu madre, la nariz de tu familia paterna. Pero un dibujo como ese debe parecerse a muchas personas distintas.

Podrías apostar que, de seguirlo a pie juntillas, van a terminar arres-tando por asesinato a la mitad de la población adulta. Tú entre ellos. La escena es fácil de imaginar: un policía se acerca mientras esperas el camión de la fábrica. Saca su revolver, te ordena que te tires al suelo, te esposa. Identificación positiva, eres el del retrato. Podrías serlo. Luego te procesarían, saldrías en los noticieros de nuevo; morirías en la cárcel.

Te acomodas en la cama. Hay dos palabras suspendidas sobre el fondo azul de la pantalla:

David Honderos

Nada explica qué hace ahí ese nombre.

LUIS JORGE BOONE

Manoteas sobre las sábanas, ¿dónde está el control remoto?
Cambias de canal cuando lo que quieres es subir el volumen, arriba,
abajo, seleccionas el menú, sales.

...el más buscado

Dicen, despacio, evitando extraviar una sola letra.

...armado, peligroso...

Pareciera que sintonizaste otra realidad.

David Honderos: tu nombre está en la pantalla.

Es tu imaginación o quizá es cierto que la tele embrutece y las horas
acumuladas frente al aparato acabaron por desconectarte el cerebro.

Cambias de canal, David Honderos, y tu nombre aparece de nuevo.
DH. Tu nombre en todos los programas informativos. En todas las
televisoras.

Piensas en lo que sucede. En un país con más de cien millones de
habitantes los nombres pueden duplicarse, triplicarse, multiplicarse
hasta el ridículo.

¿Cuál es el nombre completo del asesino? ¿Cuántos David Honderos
existen en el mundo?

El noticiero no dice nada más; ningún otro lo hace. Cambias de
canal, das vueltas y más vueltas sin conseguir nada. La televisión
se ocupa ya de otra cosa.

II

A las cinco y veinte de la mañana tomas un baño, el desayuno. Tus
recuerdos están lejos. Sientes como si hubieras soñado las pesadillas
de otro.

Miras el televisor apagado al fondo de la recámara.

Escuchas la ausencia de ruidos urbanos en las calles desiertas.

El sol está a punto de asomarse.

Quisieras quedarte, pero sales. No tienes más remedio.

III

Mantenimiento preventivo a dos tornos y una grúa manual.

Discurso del jefe.

La máquina de refrescos descompuesta de nuevo.

No demasiado qué lamentar durante el día.

De vuelta en casa, tu hábitat natural, te sientes más seguro. El espacio negro manchado de destellos. El control remoto y las ciento cinco posibilidades de sus botones. Tu pulgar obedecido al momento. Tú, menos ausente que ayer, das grandes paseos por los canales, sin buscar nada en particular.

Hoy por la mañana saliste rasurado por primera vez en años; distinto, cabe notar, al retrato hablado. Cargaste con una vieja gorra de béisbol y unas gafas oscuras. Encubierto para evitar situaciones incómodas que pudieran salirse de control.

No es a ti a quien buscan, eso es claro.

Pero ser cuidadoso nunca está de más, eso es todo.

Diste un rodeo para tomar el camión. Evitaste el puesto de periódicos, las frases amables del voceador, el saludo por tu nombre. Estabas seguro de que el retrato estaría impreso en las primeras planas. Preferiste evitar la suspicacia del revistero. Varias veces fingiste no escuchar los buenos días de los vecinos.

El guardia de la entrada de la fábrica quiso revisar tu credencial pero notaste el periódico sobre su escritorio.

Se me perdió, mentiste.

Mejor así: en la foto usas barba.

Te contempló un momento. Pareció que su mirada cambiaba sin motivo: sus pupilas se dilataron, evidenciando un esfuerzo interior, una actividad mental que te hizo ponerte en guardia.

Pase, dijo.

Son las once de la noche. Todos los noticieros han terminado. Rebotas de un canal a otro sin registrar nada de lo que ves. Aparecen rostros de personas; todos son distintos entre sí. Cejas, ojos, barbilla,

LUIS JORGE BOONE

labios, dientes, orejas, cabello, elementos combinados sin gracia a veces, a veces con acierto. Pasas de un programa de concursos a una película francesa a un infomercial de productos dietéticos que por cierto te dejaron igual de gordo a un programa de entrevistas a un partido de fútbol que ya viste y termina empatado a un concierto grupero a un infomercial de joyería Fantasy a una caricatura que no sabes qué hace ahí a estas horas a un clásico del cine nacional a una serie gringa a una película softporno a una serie de detectives a un show de realidad y de vuelta al programa de concursos.

Apagas el aparato y la imagen se funde en un punto de luz intensa. En la oscuridad el ojo de la pantalla fosforece con una reminiscencia azulosa, fantasmal. Los papeles se invierten: el televisor se vuelve durante la noche espectador de tu sueño.

IV

Hubo siete máquinas qué revisar: siete requisiciones de apoyo técnico que no atendiste. Te encerraste todo el tiempo en el taller. Los otros mecánicos preguntaban por ti. Saliste de la fábrica poco antes de la hora de comer.

Los noticieros empiezan hasta dentro de tres horas. Entre aburrido y ansioso cambias de canal, esperas que aparezca algo, cualquier cosa, acerca de la nota. Hallazgos, avances.

Nada. A las tres de la mañana te quedas dormido con un programa sobre cirugías láser. Despiertas después de mediodía, con un dolor intenso clavado en las sienes.

En los siguientes días no apagas el televisor ni te presentas en la fábrica.

V

Las toallas húmedas se amontonan sobre el mosaico ajedrezado del baño; una llave gotea como si estuviera a punto de secarse. Tus reser-

vas alimenticias se agotaron rápido. Las cajas de comida ordenada por teléfono se apilan al fondo de la cocina.

La televisión encendida es el único signo vital de la vivienda. Viéndote recostado sobre la cama, cualquiera pensaría que eres un cadáver y te pudres lentamente. Pero no. Sales de tu letargo; te mueves. Hojeas sobre tus piernas el libro de recortes. Untas pegamento con una pequeña esponja sobre la primera página vacía. Retiras el sobrante, aplanas con cuidado el pliego sobre el que ensayaste con pericia maniática dos versiones detalladas –de frente y perfil– del retrato.

Retocas con esmero las letras del nombre del asesino. En un rincón escribes la palabra ‘crímenes’, luego, dos puntos. Dejas un recuadro en blanco. Admiras la nueva adición por un momento. Afilas los lápices antes de guardarlos. Destruyes el primer borrador del retrato y devuelves a la cartera tu credencial de la fábrica. Cuelgas de nuevo el espejo en el clavo de la pared.

La barba ha avanzado algunos milímetros en tu cara. En el televisor nadie comenta nada sobre el asesino.

Tarde o temprano surgirá algo.

Por lo pronto estás contento con la nueva pieza de tu colección.

VI

Tienes que esforzarte unos segundos antes de reconocer ese sonido. Es agudo. Deja un tintineo en el aire viciado, grueso porque no has abierto una ventana en días. Viene de la sala. El teléfono. Bajas el volumen del televisor.

Levantas el auricular y guardas silencio. Una voz de mujer pronuncia tu nombre del otro lado. Dos veces, tres, hasta vencer cierta distancia –además de física, mental– que te impide contestar.

Elisa. De la fábrica.

¿David?, pregunta. Debes haber dicho algo, emitido señales de vida, porque ella continúa.

¿Te pasa algo?

No.

LUIS JORGE BOONE

Puedes decirme.

¿Qué podría pasarme?

Hay personas en la fábrica que han preguntado por ti; llevas dos días sin presentarte a trabajar.

¿Quién preguntó por mí?

El jefe de recursos. No te reportaste enfermo ni justificaste...

¿Nada más?

¿Nada más qué, David?

¿Nadie más preguntó por mí?

Tu supervisor. Los muchachos del área.

¿Quién te pidió que me hablaras?

Nadie. No deben enterarse que te hablé.

¿Entonces por qué...?

¿Preguntas por qué? Su voz se quiebra. Aún me preocupo por ti, nunca quise dejar de verte.

Elisa, si esto termina...

(Silencio)

Te juro...

Si termina ¿qué?

Confías en mí, ¿verdad?

David. ¿Estás bien? ¿Pasa algo? Puedes decirme.

Necesito hablar con alguien. ¿Podrías venir?

Nunca quisiste que nos viéramos en tu casa.

Eso fue hace mucho.

Y te alejaste.

Quería estar seguro.

Querías tiempo para recuperarte del divorcio. No me dejaste estar contigo. Sé que te dolió verla llevarse a tus hijos. Sentí que me culpabas.

No. Tú no... Elisa, te necesito.

Yo sólo quise avisarte para que no tuvieras problemas.

Ven esta noche, cuando salgas de la oficina. Sé que puedo confiar en ti.

Después de colgar el aparato seguiste repitiéndolo, ‘puedo confiar en ti’, ‘puedo confiar en ti’, hasta quedar convencido.

VII

Tocan a la puerta y saltas de la cama; escondes el libro debajo.

Tocan de nuevo. No te mueves de la entrada de la habitación.

Transcurren unos segundos de silencio; supones que el visitante se ha marchado. Te acercas a la puerta sin hacer ruido. Tocan de nuevo, más fuerte esta vez.

Es temprano para que llegue Elisa. Apenas estará saliendo de la oficina. Tardará media hora en llegar. Sigues acercándote. Ella te pidió una llave y tú rehusaste. Tal vez por eso los golpes son cada vez más fuertes. Es su reclamo.

El teléfono timbra.

Los golpes en la puerta se repiten.

No te mueves.

El teléfono. La puerta.

El teléfono, la puerta.

Los ruidos cesan al mismo tiempo. A pesar de la debilidad de tus piernas llegas la puerta. Atisbas por la mirilla. No hay nadie. Levantas el auricular y escuchas el vacío de la línea y enseguida el tono de marcar.

83

VIII

Despiertas sudando. El retrato está otra vez en la televisión.

La señal se pierde. Saltas de la cama, ajustas la conexión del aparato del cable. Recuperas la imagen, libre de estática. El rostro se congela en la pantalla.

Tú.

Que lo quiten. Que nadie lo vea. Con una chingada, que lo quiten. Arrojas el control contra el espejo sin romperlo. Manoteas por la habitación desordenándolo todo. Lanzas objetos contra las paredes.

LUIS JORGE BOONE

Azotas puertas. Corres a la sala, volteas el sillón, arrancas el cable del teléfono. Tiras golpes, patadas.

¿Qué haces? Respira. Tranquilamente, con pausa.

Recuperas tu ritmo cardíaco. Miras la sala hecha un desastre.

Demasiado silencio.

Alguien debió oír el alboroto. Alguien que en este instante mira hacia tu casa.

Te asomas por la ventana de la sala: hay un hombre de pie en la acera de enfrente; te mira.

La ventana de la cocina: una mujer escruta tu casa desde su jardín, y descubre tu rostro que se asoma.

La ventana del segundo piso: distingues un rostro asomado entre las cortinas de la casa de al lado. Te mira.

La ventanilla del baño: un niño juega con una pelota mientras te mira.

Colocas una cuchilla nueva en el rastrillo. Abres la llave y dejas correr el agua caliente en el lavabo.

IX

84

De nuevo tocan a la puerta. Abres. Elisa te acaricia la piel recién afeitada. Te ves tan distinto.

No te deja pronunciar palabra. Imposible escapar de su cuerpo. No necesitas esconder el desorden, su atención gira sobre la órbita de tus manos. Te dice que desea que le hagas el amor en la recámara. Temes no poder responder, pero la conduces sin dejar de besar su cuello.

Se recuestan sobre las sábanas arrugadas y la ropa sucia, y la penetras. La elocuencia de su cuerpo pareciera agradecer tan desastroso escenario.

Ella cierra los ojos. Tú espías de cuando en cuando el televisor por encima de su hombro.

X

Elisa está más relajada, dueña de sí. ¿Por qué no te has presentado? Dime, ¿ya no te interesa el trabajo? ¿O te ibas a desaparecer sin avisarme?

Boca abajo en la cama no respondes, pero registras el tono inocente que disfraza el reproche. Se incorpora. Miras sus pechos apoyarse suavemente sobre sus brazos cruzados.

Te urge aliviar la vejiga.

Deberías limpiar un poco, dice. Los hombres solteros son todos iguales. Se pasea por el cuarto y toma una prenda sucia con dos dedos para regresarla luego al desorden.

En el baño sólo escuchas tu corazón que en cada latido remueve los rescoldos tibios y debilitadores del orgasmo, y el sonido que produce tu cuerpo al descargarse.

La mujer en la recámara se ha callado.

Regresas. Elisa mira el libro, tu colección. No te ha visto. Te deslizas hacia la oscuridad de la habitación anterior y miras desde ahí su gesto al llegar a la última página.

Sales de tu escondite. En cuanto te mira no puede ocultar el libro, la pregunta a punto de salir de su boca. Te dice que no entiende. Qué hace ahí ese retrato tuyo. A qué crímenes te refieres. Qué son todos estos recortes. Qué hacen estas cosas debajo de tu cama.

David, respóndeme.

No... te lo puedo explicar... es difícil...

David, me estás asustando.

... ocurrió de repente, me vi en los noticieros...

Llega al interruptor, enciende la luz por accidente. Le gritas:

Apágala, estúpida, nadie debe ver las luces encendidas. No deben saber que estamos aquí.

Arrojas una botella vacía a la lámpara del techo que estalla en esquirlas de luz y vidrio. La oscuridad se restituye entre ustedes.

Nadie debe saber, murmuras y corres de una habitación a otra quebrando el resto de las lámparas. Cuando vuelves al dormitorio Elisa intenta cubrir su desnudez y te mira asustada.

¿Qué hiciste David? ¿Qué hiciste?

LUIS JORGE BOONE

En quién ibas a confiar.
Elisa, escúchame...
¿Qué es esto, David? Dime...
Escúchame, carajo...
¿Cometiste algún error, por eso te escondes?
Hubo unos asesinatos...
David, no...
No estás escuchando...
¿Me vas a hacer daño?
Elisa, no me estás escuchando.
No puedes hacerme daño, David...
Se suelta a llorar.

Intenta salir de la habitación y se encuentra con la resistencia de tu cuerpo. Quieres abrazarla, pero se defiende. Un rasguño atraviesa tu mejilla izquierda. La rabia repentina te hace empujarla. Cae al piso. Cierras la habitación detrás de ti.

Vas a la cocina, revuelves los cajones. Vuelves junto a ella con una cuerda.

Esquivando sus pataleos le atas las manos. No deja de gritar: una mordaza: tu única corbata.

Elisa, escúchame, deja de llorar. Puedo explicarte. La noticia. Un asesino. Mi nombre. Mi rostro. Justo ahora deben buscarlo. Me confundirían con él. Tienes qué entenderme. Debiste ver la noticia. Tienen varios días sin hablar del caso, pero yo la vi. Todo el mundo debió enterarse, carajo. Te enteraste ¿no? Debió salir en los periódicos. Créeme: no soy capaz de algo así. No pude ser yo. Me conoces: no pude ser yo.

Buscas comprensión en su mirada y encuentras miedo, nada más que miedo. Cree que puedes matarla. Por qué haces esto, parece decir, y tú no puedes responder.

Tendría que verlo ella misma, tendrían que pasarlo en los noticieros. La sientas en la cama, buscas en los noticieros, si tan solo en este instante pasaran el retrato.

Pero, ¿qué haces? Tú no eres culpable de nada. Le pediste que viniera para hablar con alguien en quien pudieras confiar. Dejaste a tu mujer por ella.

¿Qué haces?

Perdón, Elisa, amor. Tratas de desatar los nudos pero no se queda quieta. Tendrás que ir por algo que corte las ataduras. Busca algo, en la cocina.

Traeré un cuchillo, dices.

Ella intenta liberarse. Voy a soltarte, pero no te escucha.

Revuelves los cajones. Tu esposa sabía donde están las cosas, pero tiras cajas vacías de galletas, sartenes, moldes, cajas de medicamento, paquetes rancios de sopa, antes de dar con lo que buscas. La hoja está cubierta por una capa de óxido. La colocas debajo del chorro de agua para limpiarla un poco.

Empuñando una hacha de carne entras a la recámara, y encuentras las ataduras hechas nudos en el suelo.

Un golpe furioso te derrumba sobre la alfombra como un recién decapitado.

XI

87

Tratas de evitar la luz y escondes el rostro. En la recámara el televisor continúa encendido. Reconoces el techo de tu casa en la pantalla. En vivo, reza una cintilla con el logotipo del noticiero de las once. Te enfocan. Un reportero habla de ti. De tu comportamiento en los últimos días. De la mujer que logró escapar.

Arroje el arma.

Tírese al suelo.

No lo volverán a repetir.

Subes las manos al mismo tiempo en la sala y el televisor.

Sueltas la presión de los dedos de tu mano izquierda y el cuchillo cae al suelo. Con la derecha, antes de abrirla, apuntas el control remoto a la televisión, y la apagas.